

CORAZÓN ARDIENTE

Reflexión para sacerdotes
desde el Corazón de Jesús
En la fiesta de San Agustín
28 de agosto

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti» (Confesiones I, 1).

Amigo mío:

Entre los sacerdotes es común la devoción y veneración a san Agustín.

Cuánto se alegró el cielo con su conversión. Y cuánto se alegró mi Corazón con el testimonio y el legado que dejó.

Con mi gracia, consiguió la perseverancia final, y la corona de gloria recibió.

Su modelo fui yo.

Conoció la verdad que tanto buscaba cuando me conoció.

Con la ayuda de una madre buena contó, y mi Madre por él intercedió, consiguiendo las gracias que necesitaba para su

conversión, uniendo a sus méritos las plegarias de esa madre, que todo el cielo la escuchó.

Mis sacerdotes cuentan con el auxilio de mi Madre del mismo modo que lo hice yo. Ojalá cuenten también con las oraciones y plegarias insistentes de una madre como la tuvo él, para que unidas a los méritos de mi Madre, que es la omnipotencia suplicante, les consigan las gracias que necesitan para alcanzar la santidad.

Pero muchos de mis sacerdotes tienen gran devoción a este gran amigo mío, san Agustín, porque se identifican más con él que conmigo.

Yo me hice igual a todos, menos en el pecado. Agustín era un pecador.

Con gran dolor de mi corazón te digo: ¡HIPÓCRITAS SON!, porque no se identifican con el santo, con el convertido, sino con el pecador, con aquel que vivió en el libertinaje, lejos de mí, buscando la verdad en donde no la iba a encontrar.

Y estos sacerdotes, que me duelen, se justifican diciendo que son como él, que los comprende, porque tienen dudas, porque no conocen la verdad, no viven en la verdad, pero no se quieren convertir. Dicen tener la esperanza de que un día tengan la misma suerte de san Agustín.

¡QUÉ CIEGOS SON!, porque al mismo tiempo representan mi santidad en el altar, imparten los sacramentos, realizan su labor pastoral guiando a mi pueblo, en medio de la podredumbre del pecado mortal.

Deseo recordarles que Agustín no fue un sacerdote pecador. Primero se convirtió, buscó la verdad y la encontró. Y su vida me entregó.

A las borracheras y fiestas desenfrenadas renunció. De los apegos del mundo se liberó, porque abrazó la verdad, y la verdad lo hizo libre.

Él deseó con todo su corazón no volver a ofenderme, y con mi gracia lo consiguió. Practicó su ministerio con un corazón ardiente, porque escuchaba mi Palabra, la predicaba, y hacía lo que decía.

Él me imitó, fielmente me representó, a muchas almas guio a la verdad que siempre defendió. Y sigue guiando a muchas almas aun después de la muerte, porque vive como vivo yo.

Mis sacerdotes necesitan conversión, pero necesitan querer, renunciar al mundo, a la vida de pecado, luchar por imitar la vida de los santos, que en algún momento todos fueron pecadores, excepto mi Madre. ¡Bendita sea su pureza!

Y como sacerdotes deben imitarme a mí, que jamás pecado cometí, pero que mi poder les di.

Tienen el don para poder llegar a ser como yo.

Algunos piensan que soy inalcanzable. Qué ingratos son. Yo dejé la gloria que tenía con mi Padre antes de que el mundo existiera, para nacer en el mundo como hombre, sin dejar de ser Dios, para dar la vida por los hombres, perdonando sus pecados, y para divinizarlos con mi vida de resurrección, para hacerlos míos, para hacerme suyo, para que todos seamos uno, como mi Padre y yo somos uno.

Ojalá mis sacerdotes agradezcan las oraciones y el amor de corazón de madre de las mujeres que rezan por ellos, y de los hombres que rezan y están atentos custodiando sus corazones, para convertir su incredulidad en credibilidad, su resignación en ánimo, su desesperanza en esperanza, su tibieza en fuego de amor, su apatía en determinación de vivir en la verdad.

Que veneren a los santos, les tengan devoción, los admiren, y les pidan su intercesión.

Para alcanzar la perfección el modelo soy yo.

«San Agustín fue un buscador apasionado de la verdad: lo fue desde el inicio y después durante toda su vida. La primera etapa en su camino de conversión se realizó precisamente en el acercamiento progresivo al cristianismo. En realidad, él había recibido de la madre Mónica, con la que siempre estuvo muy unido, una educación cristiana y, a pesar de que había vivido en los años de juventud una vida desordenada, siempre sintió una profunda atracción por

Cristo, habiendo bebido el amor por el nombre del Señor con la leche materna, como él mismo subraya (Cf. «Las Confesiones», III, 4, 8).

Pero la filosofía, sobre todo la de orientación platónica, también había contribuido a acercarle a Cristo, manifestándole la existencia del *Logos*, la razón creadora. Los libros de los filósofos le indicaban que existe la razón, de la que procede todo el mundo, pero no le decían cómo alcanzar este *Logos*, que parecía tan alejado. Sólo la lectura de las cartas de san Pablo, en la fe la Iglesia católica, le reveló plenamente la verdad. Esta experiencia fue sintetizada por Agustín en una de las páginas más famosas de «Las Confesiones»: cuenta que, en el tormento de sus reflexiones, retirado en un jardín, escuchó de repente una voz infantil que repetía una cantinela, nunca antes escuchada: «*tolle, lege, tolle, lege*», «toma, lee, toma, lee» (VIII, 12,29). Entonces se acordó de la conversión de Antonio, padre del monaquismo, y con atención volvió a tomar un códice de san Pablo que poco antes tenía entre manos: lo abrió y la mirada se fijó en el pasaje de la carta a los Romanos en el que el apóstol exhorta a abandonar las obras de la carne y a revestirse de Cristo (13, 13-14)»

(Benedicto XVI, Audiencia general 27.II.08).

¡Muéstrate Madre, María!

(*Pastores*, n. 284)

[PASTORES: COLECCIÓN DE REFLEXIONES PARA SACERDOTES](#)

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes

